

10

Julio

CRISTELLYS BARRERA

Escritor

● ● ● ● TOCATA PARA  
UN HOMBRE DE BIEN





Edad no tengo para aprender a leer y escribir, sí para ser el paje que portará las arras en la boda de Daría, mi hermanastra. Entienden mi madre, su marido y mi maestra que no es pedagógico que a mi temprana infancia descubra los misterios fonéticos y conceptuales de esos signos llamados letras.

No es de esa opinión mi abuelo Carmelo quien, por no enfrentarse a su hija y no discutir con su yerno, mi padrastro, mantiene un conmovedor silencio pleno de reproches contra quienes no desean sino el logro de cuanto sea lo mejor para el pequeño de la casa; y así, aunque muy de pasada —que chismorrear no le gusta—, tal situación comenta con su amigo José Luis, el organista, si bien, para mí, ha de ser y será el maestro González Uriolo, sin más, el Maestro, un virtuoso del más difícil instrumento musical. Al menos, eso afirma mi abuelo quien, no sabiendo de música, es, al decir de mi familia, no un melómano, sino una persona a quien la música arruinará, tanto es el dinero despilfarrado con motivo de sus viajes en pos de una soprano americana que ofrece un recital en Viena, como residiendo durante una semana en San Petersburgo por el capricho de disfrutar con la tetralogía wagneriana y otra suerte de espectáculos.

De no ser por su amigo José Luis, ese señor de rostro ancho, gesto afable y cabello blanco, peinado en una corta melena similar a la de los trovadores de las cortes provenzales, Carmelo, mi abuelo, no obstante su independiente y dorada soledad —le abandonó su mujer—, se creería un hombre extraño e insociable.

El Maestro suele citarle los sábados en la tranquila cafetería de un lujoso hotel. Es sosegado el ambiente que, al mediodía, allí se disfruta y, mientras ambos señores comentan las novedades musicales de la ciudad y, por qué no, de este y otros continentes, pretende mi abuelo que me distraiga contemplando las viñetas de una colección de tebeos de Flash Gordon que, como un tesoro, guarda en su casa, siempre abarrotada de libros, discos y revistas.

Sin embargo, fingiendo que me entretengo con las imágenes de las naves espaciales que aterrizan en el planeta Mongo, más grato me resulta escuchar la plácida y reposada voz del Maestro, cuya conversación, tan fluida y calma, bien me la figuro como una prolongación de las notas musicales engarzadas en las melodías interpretadas por el artista en el órgano de la iglesia de San Miguel de los Navarros donde, llevado por mi abuelo, he escuchado alguno de los conciertos ofrecidos por su buen amigo.

Califica mi madre, también mi padrastro, de insensatez el empeño de mi abuelo en que asista a conciertos de tamaña envergadura, pues ambos comparten el criterio de que habré de aburrirme y odiaré la buena música. Si mi madre o su marido conocieran las imágenes de los tebeos de Flash Gordon, sabrían que la música del Maestro es la melodía de los cielos surcados por la nave de aquel audaz y apuesto héroe.

Afortunadamente, Daría, mi cariñosa hermanastra, no es del parecer de sus mayores, pues Daría, profesora de Historia y bella su faz como la del adolescente san Miguel del retablo de la iglesia donde se han dado los conciertos, estima que a los niños, por corta que fuere su edad, ha de acostumbrárseles a lo más excelso y exquisito, siendo un error tratarles como a necios a base de atiborrarles con esa bazofia de memas canciones y estúpidas narraciones ingeniadas para el parvulario.

Por supuesto que tal era la consideración, ya no de mi abuelo, sino también del maestro González Uriol, a quien ilusionaba que el nieto de su amigo Carmelo le escuchara en el magnífico marco de ese hermoso templo. Además, José Luis, perdón, el Maestro, me había hablado de cómo el hermoso arcángel san Miguel abrió los cielos con una cegadora luz que, confundiendo a las huestes moras, permitió al rey Alfonso el Batallador entrar con sus tropas —entre ellas, muchas fuerzas navarras— en la ciudad de Zaragoza y conquistarla para la fe cristiana.

Sucedía que aquel afable hombre, aparte de un gran artista, era un excelente narrador, algo que había comprobado cuando, sentado frente a su taza de café, le desgranaba a mi abuelo Carmelo los recuerdos de sus giras por el extranjero dando conciertos y recibiendo aplausos de crítica y público.

Era el maestro González Uriol un hombre de mundo, un excelente conversador y, en definitiva, en palabras de Daría, un hombre de bien.

Sí, un hombre de bien siempre dispuesto a escuchar las cuitas y alegrías de mi familia con motivo de este u otro acontecimiento, sea común, sea fuera de lo ordinario.

El Maestro escucha y, bueno que es, además de inteligente, da muestra de su contento en el caso de un feliz suceso y calla —consejos no da— para el supuesto de confiarle un problema; es su respuesta un leve meneo de su nívea cabeza acompañado de una afable mirada. Después te invita al concierto que, en breve, ofrecerá tocando el órgano de esta o aquella iglesia.

Allí, en la penumbra del sagrado lugar y liberada la mente de cotidianas inquietudes, es la música del Maestro un entretejido de bálsamos y pociones para alivio y calma de cuanto fuera inevitable y resignación exigiera.

Y resignación es la de mi abuelo tras el concierto del Maestro en la parroquia de San Gil ante la inminente boda de mi hermanastra Daría con Genaro, un jurídico militar con grado de teniente del Ejército del Aire.

Genaro es un buen chico. Mi familia le quiere, no así mi abuelo, lo detesta. ¿La razón? La ignoro, también mi abuelo.

En cuanto a mí, lisa y llanamente os confieso que le tengo celos, muchos celos.

Daría, vestida de blanco, su rostro de arcángel velado por una pieza de tul, camina hacia el altar mayor de la iglesia de San Miguel. Aviado de marinero y sosteniendo un viejo cofre que contiene las arras, la sigo por la nave del templo.

Silencio y música.

El maestro González Uriol interpreta una tocata por él compuesta para esta ocasión. Es su regalo de bodas.



Órgano de la iglesia parroquial de San Miguel de los Navarros (Zaragoza). 2007.  
(Fotografía José Antonio Duce)

Llegados al altar, y obedeciendo a un gesto de mi padrastro, me sitúo tras el novio, Genaro; en un momento de la ceremonia, habré de entregarle el cofre de las arras para que el esposo las deposite en el inmaculado cuenco de las manos de la novia.

Detesto la galanura de Genaro vestido con su uniforme de gala y me fascina la casta belleza de Miguel, el arcángel guerrero del altar mayor de la iglesia.

Los novios han de dar su consentimiento al matrimonio y Genaro ha de entregar a Daría como prueba de amor y fidelidad las arras contenidas en mi cofre.

El cofre es antiguo, muy antiguo. Se dice en casa que las arras fueron halladas con motivo de unas obras realizadas en la finca de un tío soltero ya difunto y cuyo patrimonio fue heredado por mi madre.

Estaban las arras en un pozo, cubrían la quijada de un bovino, esa arma del primer crimen de la Humanidad: el de Abel a manos de su hermano Caín.

Así me lo ha confiado la pieza interpretada por el maestro González Uriol cuando al nuevo esposo entrega le hago de ese cofre. La dulce mirada del arcángel me indica cuáles han de ser mis gestos, expresiones y toda suerte de movimientos.

Genaro, vacío, el cofre me ha devuelto, me ha sonreído; luego me ha acariciado el cabello y un insostenible escozor se ha enseñoreado de mi mirada.

Comentan enternecidas las invitadas que el pequeño de la familia se ha emocionado y le lagrimean los ojos.

Ignoran tan elegantes damas que la tocata del Maestro, cual la flecha de un arrebató místico, desvela a quien desee escucharla que son sus notas amor, color y toda suerte de sentimientos.

Genaro ha ascendido y Daría ha dado a luz a un niño.

Mi abuelo querría que lo cristianaran como José Luis, el nombre de su querido amigo.

El Maestro y Daría han escogido otro nombre para la criatura: Miguel, como el arcángel, como yo, su pequeño, travieso e incorregible tío.